

GANIVET Y LOS GÉNEROS NARRATIVOS PEDAGÓGICOS

Fermín Ezpeleta Aguilar
Universidad de Zaragoza

RESUMEN

La actitud pedagógica de Ángel Ganivet se manifiesta de manera excepcional en su ciclo novelístico de «Pío Cid». En esas dos novelas el personaje principal es un héroe que transmite su ideario a los personajes discentes a la vez que él mismo gana aprendizaje. En *La conquista del reino de Maya* se produce una identificación entre misión civilizadora y tarea educativa. En *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* se desarrolla todo un programa educativo. Estos contenidos quedan reforzados en tanto que el autor se sirve de modos expresivos pedagógicos como son la novela de instrucción o *Tendenzroman*, la novela de formación o *Bildungsroman*, en su versión de «artista»; e incluso, parcialmente, la novela de costumbres universitarias. Todo ello dentro de la narrativa regeneracionista, que se funde en este caso con la nueva estética modernista.

PALABRAS CLAVE: Ganivet, Pío Cid, géneros narrativos pedagógicos, novela pedagógica, novela de artista.

ABSTRACT

«Ganivet and the pedagogic narrative genres». Ángel Ganivet's pedagogic attitude is shown in an especial way in his novelistic cycle on Pío Cid. The main character here is a hero that manages to transmit his ideology to the student characters and at the same time he himself gets learning. An identification between a civilizing mission and an educational task is depicted in *La conquista del reino de Maya*. An educational program is developed in *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*. These themes get reinforced as the author makes use of pedagogic expressive modes like the novel of instruction or *Tendenzroman*, the novel of formation or *Bildungsroman*, in his version of artist; and, partially, the novel of university manners. All this in the field of a «regeneracionista» narrative, that in this case gets mixed with the modernistic aesthetics.

KEY WORDS: Ganivet, Pío Cid, pedagogic narrative, pedagogic novel, novel of artist.

ÁNGEL GANIVET, ENTRE PEDAGOGÍA Y NOVELA

Al igual que ocurre con Galdós, la obra literaria ganivetiana ha sido considerada desde siempre por la crítica como una respuesta a determinadas claves filosóficas que hunden sus raíces en la educación¹. Ciertamente uno de los grandes blo-

ques que la bibliografía ha consagrado al escritor ha sido el que se ha ocupado de la ideología por encima de la técnica literaria. Y, como consecuencia del examen de ese corpus de ideas esparcido por su obra, se ha detectado siempre una actitud pedagógica proyectada genéricamente sobre la patria, en diálogo personal con el ser humano, sujeto que en última instancia se convierte en tema de toda la literatura del autor. Hay, en definitiva, una creencia en la capacidad del espíritu para lograr la perfección humana², entendida esta como una tarea pedagógica que incumbe al propio sujeto protagonista, pero que necesita también de un contexto propicio en el que el proyecto de hombre no se malogre.

Como en Galdós, hay en Ganivet un talante de pedagogo que se manifiesta desde el comienzo de su peripecia intelectual. En su tesis doctoral frustrada, *España filosófica contemporánea*, aparecen consideraciones sobre las deficiencias del sistema educativo español (tanto en la escuela como en la universidad), culpable, en su opinión, de la ausencia de ideas de los ciudadanos. La preocupación regeneracionista de este primer libro cristaliza en el *Idearium español*, con propuestas educadoras más sistematizadas. El punto de partida es que la regeneración de España debe descansar en la mejora del sistema educativo. De hecho, podría decirse con Olmedo (1965: 69) que «toda la vida de Ganivet, en los contactos personales con los amigos y a través de sus obras, no tiene más objeto que el de la educación». Se ha comentado mucho el episodio de las fracasadas oposiciones a la cátedra de Griego de la Universidad de Granada, perdidas en 1891 frente a Alemany. Tal vez tenga razón algún crítico (Del Rosal 1965: 20) cuando señala que la vocación pedagógica de Ángel Ganivet y la plasmación literaria de la misma estuvieron fuertemente condicionadas por ese episodio académico. La reacción del escritor es un redoblamiento de su instinto educador aunque, eso sí, formulado de modo antiacadémicista como contrapartida al sistema oficial, que va a ser puesto en cuestión a lo largo de la obra literaria.

EL HÉROE EDUCADOR: LA CONQUISTA DEL REINO DE MAYA COMO SÍNTOMA

Nil Santiáñez-Tió, estudioso de la novelística del autor, adscribe el ciclo de Pío Cid a la poética simbolista-modernista y demuestra cómo Ganivet crea novelas con estructura deslavazada (1994: 103), con desprecio de la lógica secuencial y utilización del perspectivismo y del salto temporal (Baquero 1972). Un texto descosido que apela constantemente al lector para que con su participación quede redon-

¹ Para un acercamiento primero a los contenidos educativos de la obra literaria ganivetiana, puede consultarse la monografía de Manuel E. OROZCO REDONDO, *Ángel Ganivet y la educación* (2001). Para una visión panorámica de la pedagogía y educación en la narrativa española de finales del XIX y principios del XX, ver nuestro libro (2006), resumen de tesis doctoral, *El profesor en la literatura. Pedagogía y educación en la narrativa española (1875-1939)*.

² Tesis esta que se desprende del libro de FERNÁNDEZ ALMAGRO (1925), y de los trabajos posteriores (1966a y 1966b) de J. Herrero.

deada la obra literaria, mediante usos expresivos de factura simbolista con multiplicidad de significados y sugerencias.

Pero la modernidad de Ganivet se corrobora como en ningún caso en la modelación de un personaje principal que supera las estéticas anteriores (particularmente la naturalista). De la estirpe de los personajes complejos escindidos (Santiáñez-Ti0 1994: 109), a la manera del Nazarín galdosiano, Ganivet anticipa el héroe modernista que cristaliza en las conocidas novelas españolas de 1902, con la creación de una figura de distintas máscaras, egocéntrica al modo unamuniano (Montes Huidobro 1990: 198), pero unificada por la acción educadora que, como pedagogo, proyecta a los distintos personajes con los que topa.

Aunque el personaje se decante hacia la labor pedagógica en *Los trabajos*, en su novela anterior, *La conquista del reino de Maya*³, el autor había presentado al héroe, dueño de la narración, contando desde la primera persona en forma de memorias políticas la experiencia de regeneración y de civilización llevada a cabo en un país imaginario del África Negra, cerca de los Grandes Lagos, llamado Maya. La materia narrada desgranaba la experiencia del protagonista como gobernante principal de aquel reino. Tras una preparación sólida (doctor en Leyes, dominio de varios idiomas y conocimientos importantes de Comercio Exterior, aparte de viajes por distintos países europeos) se internaba en tierras africanas para convertirse, por culpa del azar, en el gran factótum del señalado reino.

El punto de vista, irónico, apunta en esta novela a una reflexión moralizante de la que se desprende una continuada sátira de la civilización occidental, rindiendo tributo al gusto por la alegoría y por el exotismo contenidos en otras novelas de la época, que basan su atractivo en la presentación sorprendente de costumbres a la manera de los *Viajes de Gulliver*⁴. Pío Cid realiza una tarea propia del conquistador y del colonizador (como el Hernán Cortés invocado en la parte final); y sin embargo, en esta primera novela ya se comporta como un pedagogo que sabe graduar sus acciones, aplicándolas cuando los indígenas sienten las propuestas de su gobernante como necesidades. El anhelo del ideal, salvaguardado siempre, permite al héroe la formulación de la divisa de que conquistar es igual a educar. «Conquistar, colonizar, civilizar no es otra cosa que infundir el amor al esfuerzo que dignifica al hombre, arrancándole del estado de ignorante quietud» (219). De ahí que en la jerarquía administrativa del reino que gobierna, los integrantes del cuerpo de pedagogos desempeñen una función primordial, ora como «jueces de menor cuantía», ora como profesores públicos que enseñan lectura, escritura e historia natural (63). En las muchas páginas dedicadas a desnudar la labor cotidiana de este cuerpo se explica de forma pintoresca, por ejemplo, el sistema de acceso, con censura implícita a las «oposiciones» del sistema español: «Se exigía como prueba la presentación de seis loros adiestrados en todas las artes de la palabra, merced al esfuerzo del futuro

³ Sigo la versión de editorial Jaguar, 2001, Madrid.

⁴ Robert F. OSBORNE (1966: 39-45) y ROMERO TOBAR (1977: 198) han señalado la huella de Swift, aparte otros clásicos de la utopía política, en la novelística ganivetiana.

profesor, que de esa manera práctica, quizás superior a nuestras oposiciones y concursos, certificaba sus grados de habilidad y de paciencia» (63).

Se crean por todo el reino escuelas de natación; se mandan maestras a enseñar a lavar en una misión de higienización extensiva; se reforma la agricultura y la religión; se impulsa el comercio, se atiende a la educación estética y se desarrolla la arquitectura, la escultura, la música y la investigación científica. Y todo ello desde el vigoroso cuerpo de pedagogos, el principal de los cuales es hechura del protagonista.

La labor civilizadora descansa, según se desprende de la novela, en una ambición de ideal y en un permanente ejemplo por parte del que civiliza:

Al enseñar, son dos los que deben levantar el espíritu a las alturas; cabe aún que, por rebeldía del inferior, sea uno solo; pero que aquél que blasona de apóstol y se lance resueltamente a la predicación de su fe, cuide más de probarla con su propio sacrificio que con la conquista de gran número de adeptos, y no espere a que éstos sean leales, si los ha catequizado desde una fortaleza (211).

Definitivamente al héroe puede encomendársele ya una tarea colosal equiparable a la de los personajes míticos. Y aprovechando el esquema de los «doce trabajos de Hércules», el autor se dispone a probar a su personaje en unos cometidos exigentes que iluminan acerca de las claves de la regeneración de España, adscribiendo así *Los trabajos...* al género regeneracionista⁵.

Enseguida se echa de ver que tal empeño solo es viable si descansa en bases morales, desarrollando el emblema de la pedagogía como amor, y subrayando el ingrediente espiritual de la regeneración y de la educación⁶. El proyecto, de envergadura, queda inconcluso; y esta segunda novela, dividida en dos partes, solo da cabida a la mitad del plan originario: seis trabajos, tres por cada una de esas dos partes. Los otros seis quedan truncados, de igual manera que queda en mero esbozo una novela pedagógica titulada *El domine peregrino Don Rústico de Santa Fe* (Gallego Morell 1971).

LOS TRABAJOS...: NOVELA DE INSTRUCCIÓN CON PAREJAS PEDAGÓGICAS

El personaje se presenta ahora biografiado por un amigo y discípulo, un hombre de letras; y que, desde la perspectiva de la primera persona, se convierte en el narrador de los hechos. Su nombre, como un guiño irónico, es el mismo que el

⁵ Sigo *Los trabajos* por la edición en Cátedra de Laura Rivkin, 1983.

⁶ ROMERO TOBAR (1977: 197) sintetiza los aspectos de la mutación del personaje en el tránsito de una novela a otra. «La actividad de Pío Cid pasa de la aventura externa (conformación de un sistema de convivencia política) a la faena interior (*noli foras ire...*), lo que supone una mutación importante del personaje y un ostensible cambio en el punto de vista de la narración. En *Los trabajos* gravita la experiencia africana de Pío Cid, pero de una forma velada y elusiva; para el protagonista, aquélla está significada por su replegamiento hacia las actividades de la *regeneración* subjetiva; para los otros personajes o el lector, por la ilusión perspectivística —de clara progenie cervantina—, según la cual, la primera novela se incorpora como tal al fluir de la segunda».

del autor: Ángel. Es un narrador periférico en primera persona, según terminología de Stanzel⁷. Se trata de la primera relación profesor-discípulo que establece la novela. Ángel, profundo admirador del maestro Pío Cid, se siente impelido a trazar la biografía del hombre excepcional. Como el maestro, él es también escritor, traductor y periodista que asiste a la tertulia del «Avellano», con la pretensión además de hacerse una voz propia en el mundo de las letras.

Desde la perspectiva de ese narrador en primera persona se hace posible una plasmación narrativa desatada, con profundización máxima de la figura del héroe, sin perder nunca del todo el hilo estructurante del diálogo pedagógico, como marca del viejo género francés novela pedagógica o de instrucción, cuyo modelo canónico es *Télémaco* de Fénelon⁸. En todo caso, el protagonismo de Pío Cid es definitivo y, desde el principio, anega la voz del narrador para presentarse al lector como un superhéroe que fundamenta su densidad humana en la riqueza de matices que irradia su figura a través, sobre todo, del señalamiento de su proceso formativo. Por ello necesita una permanente autoalimentación de naturaleza espiritual, que desde luego no es incompatible con la acción para superar el mero ensimismamiento. Debe en suma proyectarse a la sociedad y a sus individuos para transmitir unas enseñanzas que tienen la nota común de trascender siempre el academicismo encorsetado.

Es cierto que en un primer momento, en el trabajo primero, cuando Pío Cid habita en la pensión de Jacomotrezo con ocho estudiantes, tiene tendencia al asilamiento y a la autocomplacencia. Sin embargo, a todos ellos, y a su manera, los desasna utilizando el método socrático dialogal, «en camisa» por medio de su «cátedra abierta». Todos esos estudiantes reconocen las extraordinarias dotes de un Pío Cid que no acepta nunca el papel de profesor «normal». La filiación socrática de los modos de enseñanza con los que plasma su ideal el héroe ha sido anotada por la crítica (particularmente por Olmedo 1965: 211 y ss.): el manejo del diálogo de pregunta y respuesta, cargado de ironía, o la actitud de no fabricar soluciones de antemano son herramientas de las que se vale el protagonista tanto para su misión educativa como para hacer avanzar el relato. Todo ello basado en la idea clave de Sócrates de convertir al hombre en el centro de la filosofía, primando así la ética sobre cualquier otra vertiente filosófica. Por ello Gallego Roca (1998: 20-21) entiende que Pío Cid comparte con los pedagogos unamunianos o azorinianos (Don Fulgencio de Entrambosmares o Yuste en las señaladas novelas de 1902) una

⁷ SANTIÁÑEZ-TIÓ, (1994: 275) presta especial atención al tipo de narrador empleado por Ganiwet en *Los trabajos*, muy poco frecuente en la novelística occidental, aunque se da en algunas novelas como *Sartor Resartus* (1833) de T. CARLYLE; *Lord Jim* (1900), de J. CONRAD; *Doktor Faustus* (1947), de T. MANN, donde un personaje secundario se siente impelido a narrar la historia de un amigo excepcional. Uno de los teorizadores de esta tipología narrativa es Franz K. Stanzel (1984).

⁸ GRANDEROUTE (1985), el gran estudioso del género francés «novela pedagógica» o *Tendenzroman*, vincula la morfología de este género a la naturaleza didáctica de la novela y propone como criterio hermenéutico la transposición de la pareja de personajes mentor-discípulo («pareja pedagógica») a la de novelista-lector. La primera es pues correlato de la segunda, de suerte que el adoctrinamiento que realiza el profesor con su discípulo es el mismo que se propone hacer el novelista con los lectores.



concepción dialogada o socrática de la existencia. Ahora bien, sigue señalando Olmedo, Pío Cid y el propio Ganivet se comportan muchas veces como los filósofos cínicos seguidores de Sócrates, en la medida en que la duda se trueca en seguridad y en la medida de que se hipertrofian las actitudes provocativas y de desprecio por la convención.

Pío Cid, comparado alguna vez con Diógenes por el propio narrador, se arranca ante los universitarios con desprecio de la ciencia pura y aplicada, en un espacio sentido en todo momento como teatro para la acción pedagógica. Hay un ideario cínico que tiene como pensamiento central la enseñanza de la virtud:

Pío Cid no tenía ningún vicio; no fumaba, no iba al café, ni salió nunca por la noche; hasta en las cosas más precisas, como comer, beber y vestir, era muy ahorrativo, comía poco y alimentos muy ligeros, generalmente legumbres, no bebía más que agua y ésta sólo alguna vez en verano y no tenía más ropa que la puesta, ni quería jamás comprar un traje nuevo mientras el puesto podía prestar decente servicio; por último, no gastaba ni en barbero ni en peluquero. Él mismo se arreglaba como mejor podía, de tarde en tarde, cuidando más de la limpieza interior del cuerpo y de la ropa blanca, que de la aparente de los vestidos, sombreros y zapatos. No usaba guantes y llevaba la menor cantidad posible de corbata (78-79).

También se han señalado conexiones entre la propuesta pedagógica de este héroe con las aspiraciones educativas del movimiento krausista. Y puede ser cierto que Pío Cid presente alguno de los rasgos del profesor galdosiano Máximo Manso, si bien parece desprenderse de esas observaciones de los críticos que las relaciones de proximidad que presenta Pío Cid hacia el movimiento del racionalismo armónico son mucho más epidérmicas que en el caso del Manso galdosiano.

Juan Ventura Agudiez (1972: 155) defiende la común preocupación educativa de Galdós y Ganivet como fruto de un contexto cultural. Los dos héroes, Manso y Cid, apoyan su tendencia al régimen anacoreta en una niñez bien dotada, si bien Manso presenta un «tono de tal moderación y equilibrio que lo aleja algo de la determinación obsesiva de Cid» (155). Es decir, Cid se empecina no solo en enseñar, sino en dirigir desde su carisma espiritual (su intuición) a los educandos. Los dos héroes, eso sí, observan la realidad en la que están insertos con profundidad; y como quijotes van desbrozando la falta de autenticidad del mundo. En los dos opera un ideal de lo sublime que se transforma con facilidad en ridículo, perfilando la figura de un héroe decadente, según observa Nil Santiáñez-Tió en un trabajo en el que aporta un listado completo de novelas de artista (1995). Theodore Alan Sackett (2001) insiste en el paralelismo entre Pío Cid y Máximo Manso, ambos profesores con una concepción krausista que valora la relación amistosa entre maestro y discípulo.

Sí que puede haber elementos ambiente de la doctrina pedagógica emanada del krausismo (la Institución Libre de Enseñanza) en lo que respecta a algunos aspectos metodológicos como los empleados por Cid con Purilla, con la que inicia una tarea educativa personalizada, tras sus primeras «faenas de alíño» con los estudiantes universitarios. Enseña a leer con paciencia a la criada Purilla y, en medio de

tinteros, plumas y palmetas, la discente, metáfora de España⁹, es empujada gradualmente (haciéndose eco aquí de las doctrinas pedagógicas en boga) hacia el conocimiento. Y todo ello invocando, por parte del profesor, el amor y el entusiasmo como motor pedagógico: «La idea madre de todas las enseñanzas es el amor a lo que se hace», apuntando así al tema clave de toda la novela. Y a esa tarea se aplica aprovechando estrategias que le suministra la nueva pedagogía intuitiva aclimatada por los institucionistas, con las enseñanzas graduadas y las lecciones de cosas:

A pesar de la torpeza de Purilla, se sabe con entera seguridad que su maestro nunca se impacientó con ella, ni le dijo una palabra más alta que otra, prueba clara de la serenidad de espíritu de nuestro amigo y de su humanidad para con los débiles. Y no sólo la enseñaba gradualmente a deletrear, silabear y frasear, sino que después de una hora de cartilla y de repasar el cuaderno de palotes, curvas y ligados, que la discípula emborronaba sola antes de acostarse, había otra media hora, por lo menos, de explicación de cosas útiles para la vida. Cuando el maestro quería terminar la primera parte de la lección, preguntaba a la discípula qué quería decir esta o aquella palabra que había salido en la lectura; Purilla no sabía, o sabía muy mal, lo que aquello significaba, y entonces Pío Cid se lo decía valiéndose de ejemplos de mucho relieve, tomados de la misma realidad vulgar que ella conocía, para que así su saber no desentonara de su condición (89).

Ahora bien, el calado pedagógico de Pío Cid es mucho más hondo: hay una base filosófica rastreada por la crítica que recalca con fuerza en la mística (Herrero 1966b) y que llega a los pilares del pensamiento filosófico europeo (Kant y Nietzsche) pasando por los filósofos y escritores del último tercio del siglo XIX que sientan las bases teóricas del nacionalismo, tal como se concibe hoy (Espina 1942), con base religiosa pero lejos del neocatolicismo y sin demasiados puntos importantes con el krausismo (Allegra 1980), aunque algún otro crítico más pueda insertar la obra ganivetiana dentro del ámbito del reformismo y del krausismo ambiente.

Pero más bien (Maravall 1965: 408) Ganivet, a diferencia de los krausistas, no busca innovar nada, sino recuperar las esencias del pasado mítico nacional a partir de una depuración de los elementos culturales que le suministra la tradición. Ambos, krausistas y Ganivet, pecan de ingenuidad al creer que es posible una labor pedagógica hercúlea para transformar la nación. Sigue señalando Maravall (409), por ejemplo, cómo Ganivet se opone a «los propagandistas de la instrucción gratuita y obligatoria». Defiende el analfabetismo o cuanto menos prefiere una ignorancia sencilla y candorosa de la nación, pruebas inequívocas de la divergencia en la concepción educativa de uno y de otros.

En sus primeras clases a Purilla transmite el profesor enseñanzas como las que siguen:

⁹ «Quien está a mi cabecera no es una pobre sirvienta, sino España, toda España, que viene a aprender a leer, escribir y pensar» (90).



Esto quiere decir que tú eres una criada, y que, aunque llegues a ser tan sabia como Salomón, debes seguir siendo una criada para ennoblecer tu oficio, que no es peor que los demás. Tú no salgas nunca de la esfera en que te hallas, pues si está de Dios que no vivas siempre como hasta aquí, alguien vendrá que te sacará [...] es más. Si tú aprendes con ánimo de ser más de lo que eres, serás más infeliz que eres (89).

El segundo trabajo, «Pío Cid pretende gobernar a unas amazonas», tiene como centro nuclear el encuentro azaroso con Martina en un baile de máscaras. Pío Cid explica a las mujeres que acompañan a aquella el plan de convertirse en esposo de Martina para hacerse con la legitimidad de poder gobernarlas, una vez convenido que en esa casa de mujeres hacen falta unos pantalones. Muestra el héroe sus extraordinarios dotes y su capacidad de resolución de problemas (cura, por ejemplo, los ojos de Paca con un colirio elaborado por él mismo); con su capacidad retórica las gana para su causa en medio de relatos instructivos y de ocurrencias. Consigue interesarlas por los aprendizajes musicales y las instruye a la vez que las deleita. Se opera un cambio de actitud en Pío Cid tras su traslado de domicilio, pues a partir de ese momento despliega, como reza el título, una infatigable actividad itinerante que contrasta con la actitud anterior de misantropía. Hay un comportamiento errabundo que se proyecta a la sociedad para compartir con ella el caudal asimilado en las horas de recogimiento. Y todo ello, paradójicamente, a partir de haber formado hogar, aun sin contrato matrimonial.

El tercer trabajo sigue acogiendo el esquema de «pareja pedagógica» propio del género de la novela de instrucción como expediente apto para desarrollar la doctrina educativa. Y así, las lecciones de poética a su discípulo, Adolfo, se entremezclan con las que prodiga a Consuelo, hermana de aquel, en forma de diálogo clásico. Frente al ejercicio físico de bicicleta o equitación, que practica Consuelo, Cid prefiere el paseo y la «gimnasia espiritual»:

-¿Por qué me dijo usted días pasados —preguntaba Consuelo en otra ocasión— que no le gusta pasear más que a pie? ¿Cree usted que yo hago mal en montar a caballo? Pues ¿y si me hubiera visto cuando estábamos en París, que montaba todos los días en bicicleta?

-No creo que sean malos esos ejercicios —contestaba Pío Cid—; pero si se exageran, tienen el inconveniente de aturdir nuestro espíritu y privarle de su facultad más elevada: la contemplación (211)¹⁰.

Los diálogos, insiste el narrador, se confunden con las lecciones. Y Cid redondea su pensamiento acerca de la preeminencia de lo espiritual sobre lo corporal: «Un hombre en quien la actividad excesiva ha destruido el hábito de la contemplación es un salvaje aunque vaya vestido a la última moda» (212). Son momentos importantes en los que el profesor muestra a los dos hermanos las claves de su propuesta educativa:

¹⁰ Herrero en su libro (1966b: 141-143) es quien mejor estudia el contenido doctrinal de platonismo dentro de esta novela.

Leer o estudiar no es todo –decía Pío Cid. Los ejercicios espirituales son materia complicada, y quizás no haya arte tan difícil y hondo como el de dar vuelo al espíritu, manteniéndose ligado a la naturaleza, de la que no debe separarse, so pena de morir como pez fuera del agua. Y lo hondo y difícil de este arte se comprende que se fundamenta en el amor. *El maestro de ese arte ha de amar a sus discípulos, y si no los ama, no les enseña ni el abecé* (212).

Sigue mostrando los repliegues de su conciencia, a partir de los dotes de penetración que muestra Consuelo cuando dialoga con él: «Me parece ver en usted el hombre de menos fe que existe en el mundo» (216). Él, a diferencia de otros intelectuales, no da su ciencia a cambio del sometimiento del discípulo:

Pues esto hacen los hombres, todos los hombres, cuando prestan un servicio intelectual; lo prestan para que el discípulo se someta a las ideas del maestro. Yo no he preguntado jamás a nadie las ideas que profesa ni he intentado cambiárselas por otras, porque yo mismo carezco de ideas personales, *y si tengo alguna, la menosprecio mientras no se depura y se convierte en idea humana* (217).

Sigue el autoanálisis del protagonista al calor de la confianza que le inspira su interlocutora: «Esta afición mía la tengo desde niño, y ha influido no poco para que yo sea tan pacífico como soy y tan poco amigo de apresuramientos. Sin ella quizás sería un demagogo, y el tiempo que dedico a pensar y a contemplar y a soñar lo dedicaría a pronunciar discursos disolventes» (218).

El trabajo sexto «Pío Cid asiste a una enferma de frivolidad» vuelve a tener como núcleo argumental el coloquio pedagógico del héroe maestro con una discípula: ahora se trata de la duquesa de Almadura. Cautiva con sus valores a una mujer de clase social alta sin rebajar ni un ápice la envidia pedagógica contenida en los anteriores trabajos, con rebrote de la reflexión sobre metodologías de la enseñanza y sin abandonar los elementos metaliterarios (poemas intercalados) que fundamentan todo el discurso narrativo. El corolario de la reflexión apunta, como siempre, al amor como motor del desarrollo del individuo. Defiende la autenticidad de los valores culturales de su patria y detesta por consiguiente la imitación servil de lo extranjero con glosa de tesis noventayochista: «Nosotros somos capaces de hacer más que nadie, con menos medios que nadie, sin duda porque la falta la suplimos con algo nuestro propio, con algo que está en nuestra sangre y que constituye nuestra fuerza y nuestra superioridad» (419).

LA NOVELA DE FORMACIÓN: *KÜNSTLERROMAN*

Pero la «pedagogización» de la narración que encontramos en todo un grupo de novelas modernistas españolas se encauza definitivamente a través de esquemas cercanos al género alemán del *Bildungsroman*. Ganivet entiende también que la mejor manera de ahondar en el carácter del personaje es su inserción en un esquema dinámico que proviene de la novela de pruebas y de viajes y que posibilita un modo de vida polimórfico; pero con señalamiento del proceso de autoconocimiento (no-





vela de aprendizaje). Pío Cid es un sujeto en permanente formación que se construye a sí mismo en la acción, pero que conjura con su esfuerzo hercúleo las inseguridades vitales que le rodean. Todos los rasgos literarios refuerzan al héroe intelectual que plantea su peregrinaje espacial como un modo de ganar autoconciencia. Ahora bien, la edad de cuarenta años (madurez) y la experiencia formativa previa (civilizador del reino de Maya y narrador de la experiencia), alejan la novela del *Bildungsroman* alemán canónico, en tanto que este focaliza los años juveniles de aprendizaje anotados irónicamente por el narrador adulto.

Al igual que sucede con algunas novelas representativas del modernismo español, los aprendizajes glosados se decantan hacia la zona de lo artístico. Tal ocurre, y además de modo paradigmático, en la novela que nos ocupa. La estructura narrativa de *Los trabajos*, en lo que se refiere a las voces narrativas y la función de los personajes, se ajusta pues al modelo de *Künstlerroman* o novela de artista. El narrador en primera persona Ángel (independientemente de la asimilación que pueda hacerse con el autor) es un literato que se faja en el taller de escritor, asistiendo a tertulias literarias y siguiendo de cerca las enseñanzas artísticas de su maestro Pío Cid.

Pero es en el tercer trabajo, «Pío Cid quiere formar un buen poeta», donde mejor se verifica la decantación hacia los aspectos artísticos que impregnan todo el relato. Se trata básicamente de un compendio de educación literaria en el que se desgranar los conceptos de poética que remiten al propio Ganivet. Así, algunos jóvenes de la pensión acuden a recibir lecciones vivas del maestro: Benito, que acude los domingos a oír tocar el piano a las mujeres de la casa; y Pablo del Valle, estudiante de Filosofía y Letras, que prepara oposiciones al cuerpo de archiveros¹¹ y ayuda a Pío Cid en la tarea de corrección de pruebas.

Los dos alumnos de pago van para cátedra de alemán, uno, y para diplomático, otro (Gandaria). Sin embargo, el maestro ve en el segundo temperamento de poeta y le convence para mudar de proyectos. A partir de ese momento se focaliza la enseñanza de la creación literaria, de la que también participa el personaje narrador, Ángel, quien, en última instancia, traza la biografía de su maestro: «A todos los transformaba, y a mí, por estimarme más, me trastocó, de joven ambicioso que era, en filósofo contemplativo, y me arrinconó en este lindo carmen, quizá para que pudiera escribir la historia de sus trabajos que ahora mismo estoy escribiendo» (196).

El trabajo reproduce las lecciones de poética dirigidas, ahora ya a su alumno, con comentarios certeros sobre las primeras composiciones escritas por Gandaria. Se trata primero de fijar el motivo poético en sus rasgos más salientes, templando el espíritu con arreglo a ese motivo que funciona como el diapasón en música. Y tras abominar de la crítica literaria de oficio, defiende la importancia en el poeta de la «impresión madre delineada en cuatro rasgos» (236); y abraza la estética modernista-simbolista, ejemplificada en nombres como Verlaine e incluso Bécquer. Se insertan composiciones que apoyan la explicación profesoral y se teoriza acerca de la identificación de poeta y creador. El propio Pío Cid, en tanto que creador, es ante todo

¹¹ Suele aprovechar el autor sus anécdotas biográficas para la fabulación literaria.

poeta: «En el origen del arte humano, en la formación del alma creadora del hombre, hay eternamente una revulsión del amor natural, sin la que este amor no se remontaría a la contemplación pura de los seres» (245).

Páginas cruciales del libro que quintaesencian la teoría de la creación y que tienen su acuñación en la frase «Todo hombre capaz de amar es creador». Surgen los celos de Martina ante la dispersión que muestra su «marido», que ahora anda además «metido en política». El héroe superior libra la batalla con los obstáculos pedestres de la vida diaria escindiéndose entre su propensión al silencio y la necesidad de atender las contingencias diarias. De ahí surge la contradicción y la ambivalencia que lo caracteriza: «El hombre arrogante, aislado, misántropo y superior, junto al mediocre funcionario de Hacienda que tiene que hacer trabajos extras» (Santiáñez-Ti0 1994: 308), pero que despliega una actividad intelectual que «anhela la propia autocreación»¹².

La presencia del artista o héroe decadente en la literatura es, claro está, un rasgo de modernidad, puesto que este se consolida en la literatura modernista, aunque proceda del romanticismo alemán, con unos rasgos que sin duda encarna ahora el personaje ganivetiano. Como sucede en el *Bildungsroman* europeo no alemán, tal batalla se libra en el espacio de la gran ciudad, como escenario no pocas veces de los antivales¹³. Se produce un choque brutal entre el héroe decadente y el mundo moderno que simboliza la gran urbe. Pío Cid, irónicamente, se había presentado ante el lector con bagaje cultural apto para los negocios y la vida política aparece, sin embargo, en esta segunda novela con su verdadera cara, que es la del artista.

El personaje principal biografiado, Pío Cid, es ante todo un poeta, un creador, como atributo que encierra todos los demás. Incluso su condición de pedagogo, estructurante de toda su actividad desplegada en el espacio, está fundamentada en el rasgo esencial de poeta. Entre otras cosas, Pío Cid es el narrador de la novela *La conquista del reino de Maya*, hecho aludido en *Los trabajos*. Además, esa condición impregna todo el curso novelesco de esta segunda novela. Esta señala, por ejemplo, momentos en los que se pondera o cuantifica el grado de aprendizaje literario del personaje principal. Y sin embargo, el estatuto de artista aparece enfocado no pocas veces de forma irónica, pues Pío Cid debe recurrir a ciertos trabajos literarios de encargo que suponen un cierto desdoro. Es decir, el artista que, a diferencia

¹² El elemento de la «autocreación» como clave de la novela fue visto por CONRADI (1955: 6-8).

¹³ La novela de formación alemana presenta a un héroe destinado a un razonable acoplamiento a la sociedad, dando por hecho que, a pesar de algunos desgarros en la aventura, la meta formativa de la integración es un bien necesario. Frente a esto, las novelas formativas del resto de los ámbitos de la literatura occidental (particularmente, las francesas e inglesas) presentan héroes cuya integración en la sociedad no es más que la constatación de la corrupción de los valores naturales. Se diría que el personaje, en tanto que miembro de la sociedad, ha trocado progresivamente sus ideales y valores en «antivales», y lo que suponía un proceso formativo se convierte en antiformativo. La sociedad que proyecta la novela alemana está sometida a un proceso de depuración intelectual, o de idealización, de suerte que se evitan en lo posible las referencias a las coyunturas políticas, sociales o económicas que envuelven el momento narrado. Todo lo contrario de lo que ocurre en el resto de las literaturas europeas, donde es relevante siempre la referencia específica a la sociedad contemporánea y se presenta esta como el campo de conflicto, cuando no es una instancia que aliena o que disgrega.





de los héroes del *Künstlerroman* romántico, se nos presenta en un proceso de madurez, ha aprendido que para sobrevivir en el mundo de las letras hay que incurrir en la contradicción y hasta en una cierta indignidad, con lo que «su integridad como hombre de letras acaba seriamente lesionada» (Santiáñez-Tiό 1994: 320).

Son, sin embargo, los personajes secundarios los que proyectan en otro nivel los aprendizajes literarios, muchas veces a través de sus propias voces, que complementan a la del narrador y que, en todo caso, trabajan para la disolución de la voz fuerte del narrador, llevando por aquí la novela al terreno de la obra abierta modernista. Son muchos los personajes interesados por las letras: Cándido Vargas, Narciso Ferré, Federico Colomba, Candelaria, Consuelo, duquesa de Almadura, Pablo del Valle y el grupo de tertulianos. Con todo, los creadores literarios, poetas y narradores más explícitos son Adolfo de la Gandaria, discípulo de Cid a cuya paternidad se deben dos poemas incluidos en la novela, Martina que inserta una composición deleznable en una carta y el propio Pío Cid, autor de casi todas las composiciones líricas de la novela y elaborador de toda la teoría poética. Por otro lado, Pío Cid, Cándido Vargas y Antón del Sauce aparecen como narradores del relato «Elección de esposa de Abd-el-Malik», «El protoplasma» y «Juanico el ciego (tragedia vulgar)», respectivamente (Santiáñez-Tiό 1994: 280)¹⁴.

El trabajo quinto, «Pío Cid acude a levantar una mujer caída», da ocasión a la continuación de la peregrinación del héroe, quien sigue ejerciendo de profesor de literatura, con glosa de la estética simbolista y reforzamiento del componente metalingüístico de que está imbuida la novela. Hace comentarios de textos sobre la prosa poética (364) e inserta textos propios bajo forma de aforismos; o satiriza a los autores «positivistas» que son «como una plaga más terrible que la langosta» (368). Y todo ello en el «locus amoenus» de la tertulia de la Fuente Avellano en Granada. Se inserta el artículo de costumbres «Juanico el ciego (tragedia vulgar)» y las cartas de Martina. En suma, como señala Germán Gullón, todos los elementos técnicos del relato «conceden al texto un claro matiz literario, literaturizador» (2003: 128), al convertirse en literatura todo lo que entra en contacto con Pío Cid.

MARCAS PEDAGÓGICAS: MAESTRO DE ESCUELA Y OTROS MOTIVOS REGENERACIONISTAS

Sin embargo, la vocación poética en los momentos de crisis finisecular es para Cid la mejor contribución para regenerar la patria. Y así, las páginas del tercer trabajo presentan la más neta vinculación entre creación artística y regeneración: «El día que tengamos el orgullo intelectual podremos aspirar a algo. Yo soy quizás el único español que tiene orgullo, pero pronto nacerán centenares que lo tengan, y usted debía también afiliarse a mi bando, y puesto que posee bienes de fortuna, dejarse de diplomacias y trabajar para ser el primer poeta de España» (193).

¹⁴ Germán GULLÓN, cap. 3, «La literaturización de lo real en *Los trabajos*» (2003): 121-136.

La relación profesor-alumno deriva en seguida hacia la amistad: «A la tercera lección fue ya Gandaria presentado a la familia de Pío Cid, y comenzó a frecuentar la casa y a pretender llevar a Pío Cid a la suya» (195). Se propicia la relación afectuosa entre Gandaria y Pablo del Valle; y, lo más importante, entre Cid y la hermana de Adolfo, Consuelo, que da ocasión al protagonista a expresar, incrementando los recursos propios de los filósofos cínicos, sus ideas acerca de la regeneración de España.

En la segunda parte se introduce en el trabajo cuarto, «Pío Cid emprende la reforma política de España», la cuestión del caciquismo, circunscrita al contexto de los pueblos de la España profunda de la Restauración, al modo de *La ley del embudo*¹⁵. Se inserta en el relato un valioso documento de vivisección de los males rurales de la época, con ilustración del mecanismo caciquil de compra de votos, «pucherazos» y todo tipo de trampas *ad hoc*. Entre los personajes secundarios que dan vida a este pasaje tiene cabida el maestro rural. El maestro Ciruela aparece aquí, una vez más, como representante del maestro famélico al que deben varios años de sueldo, en la geografía granadina (Aldamar y Seronote)¹⁶. No falta en estas páginas el repaso de los males canónicos de la escuela apuntados en otras novelas regeneracionistas. Así se expresa Pío Cid ante el maestro don Cecilio Ciruela:

Son muchos los maestros que viven en la miseria, sin que haya remedio para este mal crónico de nuestro país. ¿Qué hacer? Ahondar en este fenómeno y descubrir, como yo he descubierto, que la causa de esta obstinación con que se desatiende el magisterio no es otra que el deseo de *transformarlo en instrumento de la regeneración nacional* supóngase usted, amigo don Cecilio, que todos los maestros de España que se hallan en el caso de usted tuvieran la idea, desesperados ya, de abandonar los pueblos en que no hacen nada útil, y dedicarse a recorrer la nación y a esparcir a todos los vientos la semilla de la enseñanza. Esto sería muy español; este profesorado andante haría lo que no ha hecho ni hará jamás el profesorado que tenemos. En nuestro país no se estima ni se respeta a quien se conoce, por mucho que valga (317).

Es decir, la realidad descrita por las revistas pedagógicas reivindicativas aparece pintada como nunca con una disección certera de los «males del magisterio»; y tras ella, la reflexión del héroe en la línea argumental paradójica que le es connatural: «La causa de la obstinación con que se desatiende es precisamente el deseo de transformarlo en

¹⁵ Novela de 1897 en la que el protagonista es profesor regenerador empeñado en desenmascarar el caciquismo político provinciano. Ver la edición de Juan Carlos Ara Torralba, P. Queral y Formigales, *La ley del embudo*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1994. Aunque la novela se sitúe, junto a la *Sitilla* de E. Gutiérrez Gamero, dentro del subgénero de la «novela de costumbres políticas» (ARA TORRALBA 1994: LXIII), se sirve de recursos de la novela pedagógica tales como el uso del diálogo entre maestro y discípulo o el viaje aleccionador, al modo de *Los trabajos...*

¹⁶ Se trata de un anticipo del maestro de escuela galdosiano don Alquiborontofosio de las Quintanas Rubias, de *El caballero encantado* (1909), al que también se asigna nombre humorístico de acuerdo con la tradición de las artes y la literatura populares, que azuzan sarcásticamente sobre esta figura convertida en estereotipo.



instrumento de regeneración nacional». El contacto entre don Cecilio Ciruela y Pío Cid, salutífero también para el héroe, lleva a la búsqueda de la superación de la miseria de la escuela por vía espiritualista. Lanza un mensaje de redención personal por medio de la conversión del maestro en mendigo errante que transmite enseñanzas y valores a las gentes con las que topa. Es el tenor espiritualista de los héroes novelescos galdosianos (los santos laicos quijotesos Ángel Guerra, Leré o Nazarín) que practican metodologías pedagógicas alternativas, y que en el caso de *Los trabajos* subliman una cruda realidad, cual es la de la estampa real del maestro mendigo errante de los años noventa, al transformarla en un proyecto utópico de un cuerpo de profesorado andante que a la manera de los maestros de la Grecia Antigua llevan a cabo una labor educativa de modo antiacadémista, como desde el principio quiere Ganivet:

Bajo nuestro cielo puro y diáfano, como el de Grecia, gran parte de la vida requiere aire libre, y nuestro afán de reglamentarla y meterla bajo techado, lejos de fortalecerla, la va aniquilando poco a poco. No hay deshonor en la mendicidad [...] y el maestro que enseñara en la plaza pública, como yo aconsejo, sería el maestro nacional por excelencia. No faltarían murmuraciones y críticas de parte de los espíritus pequeños, rutinarios, pero éstos se ensañaron también con los artistas y filósofos que formaron el alma de Grecia y que legaron su nombre a la posteridad (317).

De raigambre regeneracionista era también la impugnación del sistema académico superior lanzado por Pío Cid a sus estudiantes universitarios, dentro del trabajo primero¹⁷. En medio del cuadro de costumbres universitarias¹⁸ que se inserta en esas primeras páginas, con estudiantes de distintas carreras procedentes de distintos lugares de España, inicia su tarea profesoral el pedagogo ganivetiano. No falta la descalificación del narrador hacia el sistema universitario esclerotizado e incluso la presentación de tipos estudiantiles, al modo de las novelas de costumbres universitarias: «Aquellos estudiantes eran, según Pío Cid, pellejos acabados de salir de manos del curtidor, llenos de vino viejo y echado a perder, de ciencia vana y pedantesca aprendida en los bancos de las aulas de boca de varios doctores asalariados» (83-84).

¹⁷ Son fechas cercanas a la publicación, por ejemplo, del ensayo de Miguel de Unamuno *De la enseñanza superior en España* (1899), en el que esbozaba un ideario pedagógico basado en la reprobación de la enseñanza sistemática rutinaria, en oposición formal a la fiebre reformadora de asignaturas y programas.

¹⁸ El subgénero de la novela de costumbres universitarias suele evocar los aspectos más lúdicos de la vida universitaria, orillando de forma intencionada los contenidos académicos, pues el joven protagonista, llegado a la ciudad para cursar estudios superiores, busca enseguida compañeros de expansión extrauniversitaria, materia esta que da cuerpo a este tipo de novelas. Con todo, hay alguna excepción, como es el caso de la novela que disecciona los modos pedagógicos y las luchas intestinas de la institución universitaria en el significativo curso escolar de 1898 (fecha de la publicación de la novela de Ganivet), *Los universitarios (novela de tipos y costumbres académicas de 1898)*, del Doctor J. Esteban de Marchamalo (José Esteban García Fraguas). El autor, desde una clave regeneracionista novela su experiencia personal y hace una investigación profunda en los usos pedagógicos y denuncia, en última instancia, el caciquismo con el que se gobierna la vieja institución académica.

Pío Cid baja los humos a los jóvenes pedantes asumiendo un magisterio alternativo siempre al institucional, «en mangas de camisa», sustentado en técnicas socráticas y de charla personalizada:

El maestro no era aficionado a enseñar nada a muchos a la vez; por esto no había pensado nunca en dedicarse a la enseñanza; aunque sus títulos y capacidad tenía para ello. Todos aquellos jóvenes le decían que era una lástima que viviese como oscuro empleado, pudiendo ser un profesor de fama a poco que se lo propusiera; pero Pío Cid contestaba que él tenía segura su manutención y no estaba necesitado de mayor sueldo para enseñar a quien quisiera aprender algo de lo poco que sabía (86).

Y, en efecto, los estudiantes, que reciben una formación universitaria deficiente, acusan una primera amonestación, a partir del aguijón que les lanza Pío Cid, en forma de interpelaciones dialécticas que desmontan las primeras convenciones que sobre el saber poseen los universitarios.

En el trabajo cinco adquiere relevancia la presencia de otro de los símbolos de clara filiación regeneracionista, como es el motivo de la fragua y el de la escultura, como metáfora de la transformación espiritual, que cobrará cuerpo definitivo en *El escultor de su alma*, con un héroe que supone una nueva modulación del anterior¹⁹. «La fragua del hombre está en el cerebro y el fuelle es la palabra» (371). Los mensajes educativos se adensan en el aforismo, técnica que maneja ahora con pericia el personaje:

Así, en el hombre lo de menos es seguir estos o aquellos estudios, dedicarse a esta o a aquella profesión, lo de más es ser hombre, y para serlo hay que tener encendida la fragua. La personalidad se acentúa con el ejercicio. Hay quien coloca el centro de la vida humana en el poder exterior, en la riqueza, en un bien convencional. Yo pongo el centro en el espíritu. ¿Qué soy? Nada. ¿Qué apetezco? Nada. Ahora estoy en camino de ser un verdadero hombre (371).

Desde que el mundo es mundo ha habido hombres que han influido sobre el espíritu de otros hombres; lo han hecho a ciegas tanteando, a la manera de los pedagogos (378).

Y en el trabajo sexto no está ausente tampoco la invocación a la agricultura, como marca que contiene la novela regeneracionista de conceptos. El hijo de la duquesa, Jaime, va a ser enviado por su padre a un colegio de jesuitas porque en España la educación adolece de importantes carencias. Cid vuelve a hacer valer su condición de preceptor para descubrir el talento del muchacho. Si en Adolfo de la Gandaria había descubierto madera de poeta, en Jaime descubre vocación para la Mecánica. Podría así estudiar para ingeniero agrónomo:

¹⁹ Laura RIVKIN (1983: 377) indica que Ganivet asocia la escultura y la transformación espiritual ya en *La conquista del reino de Maya*, aunque el simbolismo se realice más plenamente en *El escultor de su alma*, donde la figura ideal femenina es al mismo tiempo solidificada en el alma e iluminada por la fe.





Aunque en el caso de su hijo, antes de enseñarle hay que descubrirle las aptitudes para no perder el tiempo en balde. ¿A qué es lo que muestra mayor afición? –Hasta ahora a nada, porque es muy desaplicado. –No crea usted señora, que haya nadie desaplicado en el mundo. Cuando un maestro dice que un discípulo es desaplicado, debe entenderse que el maestro es tonto y no sabe hablar al discípulo de cosas que le interesen. Fuera de los casos contados de idiotismo congénito, no hay niño que no muestre interés por algo, y en cuanto hay interés hay aplicación. –Pero a veces no se logra descubrir la aptitud. –No se logra porque el maestro sabe poco o de pocas materias, y cuando ha agotado su pobre repertorio, declara que el alumno carece de aptitudes definidas; si supiera hablar de todo, desde los trabajos manuales hasta la alta filosofía, iría cambiando los asuntos hasta que el discípulo se descubriera (415).

Las aptitudes mecánicas del muchacho dan pie a la explicación por parte de Cid de su condición de inventor, ocupación que le habría proporcionado dinero y estabilidad, pero que él, anticipando el «que inventen ellos» unamuniano, no las comercializa, porque «los inventos son perjudiciales para el hombre» (420). En todo caso, señala que vale más enseñar que gobernar (423).

Definitivamente, el maestro familiariza al muchacho con lecciones de agricultura, a partir de los conocimientos previos que tiene el alumno, fundiendo como nunca metodologías pedagógicas con teórica regeneracionista. Desde presupuestos pedagógicos intuitivos le habla de la elaboración del pan de otras faenas similares o de las herramientas *ad hoc*, «con ejemplos muy claros y dibujos explicativos, en que Pío Cid le trazaba los diversos aparatos y herramientas de ambas industrias» (425). El modo expresivo del diálogo entre la duquesa y Pío Cid, en fin, aún da pie a consideraciones sobre educación de la mujer, al calor de un incipiente feminismo que tiene lugar en los tiempos que corren.

De modo que la adscripción de esta novela al género regeneracionista sigue siendo pertinente, en tanto que su autor quiere el aleccionamiento del lector, es verdad que experimentando nuevos medios de expresión como el simbolismo o desarrollo del diálogo, al modo de lo que hace Galdós en las novelas últimas, quien también personaliza la utopía regeneracionista «mediante la sistemática reinterpretación de los mitos tradicionales» (Varela 2001: 438), con la incorporación de algunas marcas sistemáticas como es la apelación al magisterio con plasmaciones vívidas del personaje «maestro de escuela»; la aspiración social de justicia reparto de la riqueza y la oposición al sistema oficial, clamando por la instrucción para los entendimientos y el agua para los campos²⁰.

²⁰ M.^a Ángeles VARELA en su libro sobre el regeneracionismo en la obra de Galdós (2001), partiendo de la visión de conjunto de ROMERO TOBAR (1977), habla del «género regeneracionista», aplicado a la novelística tardía de Galdós, pues el autor canario logra construir sus últimas novelas envasadas en un nuevo formato que llega a adquirir la magnitud de género, con la incorporación, en efecto, de dos marcas sistemáticas: 1. La justicia y el reparto de la riqueza y 2. La oposición al sistema oficial, instrucción para los entendimientos y agua para los campos. Estas mismas marcas aparecen en *Los trabajos...* de Ganivet.

CONCLUSIÓN

En fin, el talante pedagógico de Ganivet se transparenta como nunca en su novelística. Por un lado es posible desgranar un ideario, que se esboza primero en *La conquista del reino de Maya* y que se redondea después en *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*. Esta última narración puede leerse también como novela de conceptos pedagógicos, pues hay un personaje principal con la condición de maestro que practica pedagogías alternativas con los distintos personajes discentes.

Con todo, interesa señalar cómo el autor ahorma todo el cuerpo doctrinal a través de una buena combinación de formatos expresivos pedagógicos, tales como la novela de instrucción francesa, al modo de *Télémaco* de Fénelon; la novela de formación en la versión de «artista»; o la novela de costumbres universitarias, haciendo valer además algunas marcas pedagógicas de la novela regeneracionista del momento. Aun así, el valor del ciclo de *Pío Cid* de Ganivet reside en la labor de depuración llevada a cabo bajo los nuevos patrones estéticos de la modernidad, en consonancia con otros narradores españoles como Unamuno o Azorín quienes, a la vez que «pedagogizan» sus novelas, hacen avanzar el género narrativo hacia los dominios de la nueva novela modernista.

RECIBIDO: septiembre 2009

ACEPTADO: noviembre 2009

BIBLIOGRAFÍA

- AGUDIEZ, Juan Ventura (1972): *Las novelas de Ángel Ganivet*, Madrid: Anaya.
- ALLEGRA, Giovanni (1975 [1980]): «Un breviario de la anti-Europa», en *La viña y los surcos. Las ideas literarias en España del XVIII al XIX*, Sevilla: Universidad, 295-318.
- BAQUERO GOYANES, Mariano (1972): «Perspectivismo y ensayo en Ganivet», en *Temas, formas y tonos literarios*, Madrid: Prensa Española, 105-155.
- CONRADI, Gustav (1955): «El ideal de la indiferencia creadora en Ángel Ganivet», *Arbor* 32: 1-20.
- ESPINA, Antonio (1942): *Ganivet. El hombre y la obra*, Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- EZPELETA AGUILAR, Fermín (2006): *El profesor en la literatura. Pedagogía y educación en la narrativa española (1875-1939)*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor (1952²): *Vida y obra de Ángel Ganivet*, Madrid: Revista de Occidente.
- GALLEGO MORELL, Antonio (1971): *Estudios y textos ganivetianos*, Madrid: CSIC (Anejos de Revista de Literatura, 32).
- GALLEGO ROCA, Miguel (1998): «El sueño de la personalidad: la novelística de Ángel Ganivet como epopeya del aislamiento» *Ínsula*, 625: 20-21.
- GANIVET, Ángel (2001): *La conquista del reino de Maya*, Madrid: Jaguar.
- (1983): *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, edición de Laura Rivkin, Madrid: Cátedra.



- GRANDEROUTE, Robert (1985): *Le roman pédagogique de Fenélon a Rousseau*, 2 vols., Genève: Slatkine.
- GULLÓN, Germán (2003): *El jardín interior de la burguesía. La novela moderna española (1885-1902)*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- HERRERO, Javier (1966a): «El elemento biográfico en *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*», *Hispanic Review* 34: 95-110.
- (1966b): *Ángel Ganivet, un iluminado*, Madrid: Gredos.
- MARAVALL, José Antonio (1965): «Ganivet y el tema de la autenticidad nacional», *Revista de Occidente*, 11: 389-409.
- MARCHAMALO, Doctor Esteban de (seudónimo de José García Fraguas) (1902), *Los universitarios (novela de tipos y costumbres académicas de 1898)*, Madrid: Biblioteca de la Educación Nacional.
- MONTES HUIDOBRO, Matías (1990): «Espacio lírico y espacio narrativo en *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*», *Letras Peninsulares* Fall/Winter: 179-200.
- OLMEDO MORENO, Miguel (1965): *El pensamiento de Ángel Ganivet*, Madrid: Revista de Occidente.
- OROZCO REDONDO, Manuel E. (2001): *Ángel Ganivet y la educación*, Granada: Universidad de Granada.
- OSBORNE Robert F. (1966): «Observation's on Ganivet's *La conquista del reino de Maya*», *Homenaje a Rodríguez Moñino*, vol. 2, Madrid: Castalia, 39-45.
- QUERAL Y FORMIGALES, Pascual (1994): *La ley del embudo*, edición de Juan Carlos Ara Torralba, Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- RIVKIN, Laura (1983): «Introducción» a Ángel Ganivet, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, Madrid: Cátedra, 11-62.
- ROMERO TOBAR, Leonardo (1977): «La novela regeneracionista de la última década del siglo», en Mercedes Etreros, Isabel Montesinos y Leonardo Romero Tobar (eds.), *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*, Madrid: CSIC, 133-209.
- ROSAL, Juan del (1965): «De la vocación de Ángel Ganivet en el centenario de su nacimiento», *Ínsula* 228-229: 20.
- SACKETT, Theodore Alan (2001): «Galdosism and Modernism in Ganivet's novel, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*», *Anales Galdosianos* xxxvi: 243-253.
- SANTIÁÑEZ-TÍO, Nil (1994): *Ángel Ganivet, escritor modernista. Teoría y novela en el fin de siglo español*, Madrid: Gredos.
- (1995): «El héroe decadente en la novela española moderna (1842-1912)», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 71: 179-216.
- STANZEL, Frank K. (1984): *A Theory of narrative*, Cambridge: Cambridge University Press.
- VARELA, María Ángeles (2001): *Galdós regeneracionista*, Madrid: Fundación Universitaria Española.